

Capítulo XXI.

El fin de un pueblo.

Los vencedores no habían apagado aún la sed de venganza, y continuaron sacrificando inhumanamente á los habitantes de Xaragua, como habían sacrificado á los de Marien y á los de la Vega.

La prision de Anacaona causó más dolor en sus vasallos que sus propias desgracias.

La idea de que estaba condenada en poder de los españoles, y próxima tal vez á perecer en el cadalso, animó á Guaorocaya á levantar las huestes de Higüey para arrancarla del poder de sus opresores.

Al mismo tiempo un jóven indio, que desde su más tierna edad había amado á Higuanamota, y había sufrido el horrible martirio de verla en brazos del español Guevara, profesando una veneracion sin límites hácia Anacaona, que había descubierto su

amoroso sentimiento y había ofrecido consuelo á su afliccion, quiso sacrificar su vida en aras de aquel afecto que llenaba su alma.

Informado de la infame traicion de que habían sido víctima los pacíficos moradores de Xaragua, reunió gran número de indios, los animó al combate, y por senderos desconocidos para los españoles, llegó al camino que debían recorrer los soldados de Ovando para conducir á Anacaona á Santo Domingo, se emboscó, y en el momento en que la pobre reina pasaba por allí entre los soldados, salió con ellos resuelto á libertarla.

Por desgracia suya, á los primeros disparos de los arcabuces de los españoles huyeron la mayor parte de los indios que le acompañaban, y él cayó en poder de sus adversarios.

—¿Qué has hecho, desgraciado?—exclamó Anacaona al verle.

—Cumplir con mi deber.

—¿Ignoras que se ha cumplido mi destino?

—Lo único que sé que todos tus vasallos debemos perecer antes que consentir que los tiranos te lleven al suplicio.

Guaora, que así se llamaba el jóven, no ocultó al jefe del destacamento que custodiaba á Anacaona sus deseos de derramar hasta su última gota de sangre en defensa de la reina.

Aun cuando no era un enemigo poderoso, los españoles, embriagados con el vapor de la sangre, quisieron castigarle sin aguardar las órdenes de Ovan-

do, y seguros de que le complacerian, aumentaron la pesadumbre de la reina ahorcando en su presencia á su defensor en uno de los árboles del camino.

Mientras esto pasaba, una anciana, que nunca se habia separado de Anacaona, que la queria como si fuera su hija, trataba de vengarle, y al efecto, reuniéndose con otras indias, sedientas de venganza tambien, pidieron una entrevista á Ovando para implorar su perdon y su gracia.

Higuanamana, que así se llamaba la anciana amiga de Anacaona, era una mujer atlética y vigorosa á pesar de sus años.

Su propósito era, al encontrarse en presencia de Ovando, agarrarse á su cuello y estrangularle, mientras que sus cómplices luchaban con los soldados españoles para evitar que libertasen de sus manos al infame causante de sus desventuras.

Ovando recibió á las indias con muchas precauciones, porque todo lo esperaba y lo temia de aquellas gentes.

Se presentó á ellas completamente armado y con la visera calada.

No por eso desistió de su empeño Higuanamana.

Al hallarse en su presencia se arrojó sobre él; pero solo logró que, irritados los españoles, asesinaran á sus compañeras.

Prisionera Higuanamana vió levantarse una horca, en la que pereció maldiciendo á los españoles.

En breve tiempo todo el departamento de Xaragua quedó desierto.

Apenas bastaba la tierra para sepultar los innumerables cadáveres que habia en ella.

Las casas estaban abandonadas.

Las cenizas de las que habian destruido los españoles daban siniestro matiz al paisaje.

Parecia que el ángel exterminador habia batido sus alas sobre aquella provincia, dejándola al pasar convertida en un lúgubre y espantoso cementerio.

De los poderosos caciques que en otro tiempo habian mantenido el esplendor de la isla, sólo quedaba ya el valiente Guaorocaya, porque Anacaona caminaba al suplicio.

Tanta desolacion, tanta crueldad, tantos infortunios, debian convertir necesariamente á los más generosos y pacíficos habitantes de la isla en desesperadas fieras.

El único baluarte que quedaba á los indios era Higuey.

Esta provincia, en extremo montañosa, les ofrecia abrigo y defensa.

Desde allí podian provocar de nuevo á los españoles, obligarles á penetrar por las quebradas vias que conducian á las ciudades, tenderles emboscadas y hacerles pagar caras las calamidades que habian caido sobre ellos.

Guaorocaya, á pesar de la voluntad de Vagoniana, adivinada por el viejo Biautex y comunicada á los caciques al hallarse reunidos en la caverna de Cacibaxagua, habia corrido á Higuey, habia reanimado el espíritu de los indios, é infundiéndoles su energía, su

heroísmo, su sed de venganza, había convenido con ellos en que debían pelear hasta destruir á sus adversarios ó perecer.

Uno de los cacique más importantes de la provincia era Cotabanamá.

Las Casas le describe, y dice que era el más fuerte de su tribu, de estatura más elevada que el más alto de sus paisanos, de una vara de espalda de hombro á hombro, y el resto de su cuerpo de admirable simetría.

Participando Cotabanamá de los mismo sentimientos que Guaorocaya, acaudilló con él la insurrección que debía dar por resultado la pérdida completa de su independencia ó el exterminio de los españoles.

Envió Ovando, porque tuvo noticia de la actitud de los ciguayos, una lancha con ocho soldados á explorar la parte de la costa que correspondía á aquella provincia.

Había á muy corta distancia de la costa de Higuey una pequeña isla llamada Saona, y el que mandaba la lancha la eligió como punto de observación.

Los indios lo supieron, y aprovechando la oscuridad de la noche, llegaron á la isleta y asesinaron á todos los españoles.

Viendo Ovando que no volvían envió otra lancha para averiguar el paradero de sus primeros emisarios, y no tardó en saber la triste suerte que les había alcanzado.

Ardiendo en ira, y deseando completar los hor-

rores que carecterizaban su mando, llamó á uno de sus capitanes, Juan de Esquivel, y poniendo á sus órdenes cuatrocientos hombres, le envió al Higuey para que sofocase la insurrección y castigase el asesinato de los españoles en Saona.

Los espías comunicaron en breve á Guaorocaya y á Cotabanamá la noticia de que se aproximaban los españoles.

Estos no tardaron en enviarles emisarios con ofrecimientos de paz.

Eran los encargados de hacer estos ofrecimientos dos soldados, llamados el uno Valtenebro y el otro Pontevedra.

Para que se entendieran con ellos eligieron Guaorocaya y Cotabanamá á un valeroso indio, llamado Juguí.

Desde luego sorprendió á los españoles que, siendo ellos dos, no enviaran para entrar en negociaciones más que un indio.

Esta circunstancia dió lugar á que las negociaciones de paz no pudieran siquiera comenzarse.

Desde luego Juguí iba resuelto á no aceptar la paz, porque entre los indios que quedaban con fuerza para moverse no había uno sólo que no prefiriese mil veces la muerte á la esclavitud.

—Mucha confianza tienes en tu valor,—dijo uno de los dos emisarios españoles á Juguí,—cuando te atreves á venir sólo, sabiendo que aquí estamos dos y que podemos aniquilarte si no accedes á nuestros deseos.

—En primer lugar,—dijo Juguí,—venís á ofrecernos la paz, y los que ofrecen la paz no dan una gran idea de su valor ni de sus esperanzas de triunfo.

—Os brindamos la paz, porque ya nos dá lástima vuestra situación. Estamos hartos de cazar indios, y ahora lo que queremos son esclavos para que nos sirvan.

—En esta tierra no los hallareis.

—¿Habeis de ser más que vuestros hermanos?—dijo uno de los españoles.

—Os repito que aquí no hallareis esclavos,—repuso con firmeza el indio.

—¿Pues qué hallaremos?

—Hienas que os devorarán el corazón.

—Las cazaremos.

—U os cazarán ellas.

—Abreviemos razones: si no quereis que entremos á sangre y fuego en esta madriguera que habeis elegido, entregadnos á vuestros caciques y comprometedos á pagar el tributo como los demás habitantes de la isla.

Juguí se irritó profundamente al oír aquella proposición.

—Antes de que tal cosa suceda, yo mostraré á los vuestros que no bastan dos españoles para cada ciguayo.

Y lanzándose sobre los dos que se hallaban presentes, trató de estrangularlos; pero sus manos, antes de llegar al cuello de sus enemigos, encontraron sus espadas.

Cogiéndolas, aun á riesgo de cortarse, logró arrebatárselas, y con las manos ensangrentadas por las heridas que se habia hecho, luchó con ellos desesperadamente.

Por desgracia los soldados, defendidos por la armadura, apenas sufrieron más que contusiones, y rehaciéndose, cayeron á su vez sobre él, dejándole muerto en el campo.

Corrieron los españoles á dar cuenta de lo que habia sucedido á Esquivel.

Este se precipitó con sus tropas en la provincia, resuelto á castigarlos terriblemente.

A su llegada, huyeron sus habitantes á las aldeas más próximas.

Al mismo tiempo envió Ovando por la costa otro descatamento para que les atacara por retaguardia, y unos y otros tuvieron que detenerse.

Pero á su paso ahorcaban sin piedad á los ancianos, á las mujeres y á los niños, y los dejaban colgados en los árboles para horrorizar á sus enemigos y escarmentarlos.

Tuvieron que retroceder los ciguayos; pero antes de darse por vencidos, Guaorocaya y Cotabanamá sostuvieron una encarnizada lucha con los españoles.

Los infelices indios no sabian medir la distancia donde podian llegar sus flechas, y ninguna de ellas alcanzaba á los españoles.

En cambio las ballestas y los arcabuces hacian huecos horribles en sus filas.

Guaorocaya y Cotabanamá convinieron en que ne-

cesitaban aceptar la paz, sin perjuicio de emplear la astucia para vencer á los españoles.

—Ignoran que yo estoy aquí,—dijo Guaorocaya á Cotabanamá,—y sólo saben que tú eres el jefe de los ciguayos. Yo me retiraré á las montañas con los soldados de Umatex, mientras tú finges que aceptas la paz y te presentas á los españoles. Cuando más seguros se crean, yo caeré sobre ellos y su ruina será inevitable.

Resueltos á aplazar su venganza, propusieron los indios la paz á Esquivel, y éste accedió á sus ruegos, á condicion de que le pagasen un crecido tributo.

Los indios aceptaron todas las condiciones.

Capítulo XXII.

El último recurso.

Cotabanamá se presentó á Esquivel, y éste le recibió con las mayores muestras de aprecio, porque habia tenido ocasion de observar su valor y era hombre que en el fondo poseia los mejores sentimientos.

Habia una costumbre entre los indios, que pusieron en práctica los caudillos.

Esta costumbre era la de cambiar los nombres, lo cual significaba entre ellos eterna y fraternal amistad.

Desde entonces los indios llamaron Juan Esquivel á su cacique, y Cotabanamá al jefe de los españoles.

Para evitar que se insurreccionáran de nuevo, aprovechó Esquivel las buenas relaciones que tenia con los indios, y mandó construir una fortaleza cerca del mar y en un paraje estratégico.